

Albert Monteys, los referentes de un dibujante

Por Jordi Riera Pujal



Albert Monteys (Barcelona, 1971) es un alma libre que se dedica a contar historias mediante el dibujo. Creador de talento, le tira el humor y la comedia, pero también le encanta la oportunidad de desarrollar líneas argumentales más complejas en cómics de ciencia ficción. Autor de enorme lucidez, sabe analizar la actualidad del mundo del cómic con una gran agudeza de pensamiento. **La franqueza** con que habla de sí mismo como profesional es la misma que utiliza cuando se dibuja como protagonista en algunas de sus obras. El hecho de convertirse él mismo en un personaje de cómic lo ha convertido en un creador cercano y entrañable para un gran número de seguidores.

Desde su salida de la redacción de El Jueves en 2014, ha recibido varias distinciones por **¡Universo!**, la serie digital que también se puede encontrar en papel, y ha ganado, entre otros, el Premio Zona Cómic (2018), el Premio Carlos Giménez (2018) y el Premio Cómic Barcelona a la mejor obra de autor nacional (2019). En el año 2017 obtuvo reconocimiento internacional cuando estuvo nominado al **Premio Eisner** en la categoría de mejor cómic digital.

Entrevista

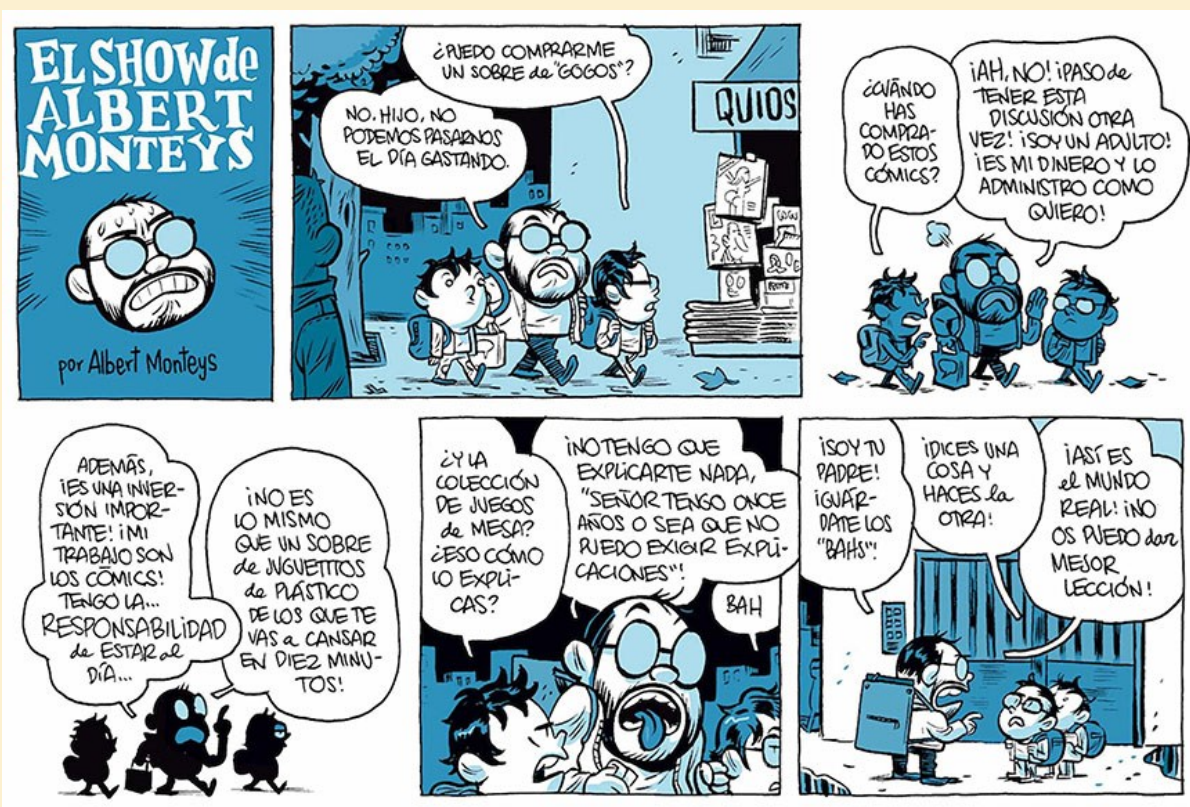
¿Qué futuro le ves al papel como soporte del humor gráfico y del cómic?

Hace muchos años que existe la idea de que no durará y se acabará, pero de momento sigue. Pienso que en campos como el cómic o el humor gráfico el salto al digital es muy difícil. Aunque yo ahora mismo estoy viviendo mucho del digital, le veo vida al papel. Lo que sí pienso que se acabará son los periódicos y las revistas. Dentro de veinte años no existirán. Pero el libro no pienso que se acabe.

Yo antes compraba diarios en papel, y ahora no. Tengo otros medios para informarme. Pienso que seguirá habiendo diarios digitales, pero en papel no. No dispondrán de lugares donde venderse. La sangría de los quioscos que cierran es constante.

En una parte importante de tus cómics sales como personaje protagonista. ¿En qué autor te fijaste para empezar a hacerlo?

Es una mezcla de influencias. La principal viene del mundo del cómic y es Robert Crumb. Fue impactante a los dieciocho o diecinueve años descubrir su manera totalmente libre de enseñar sus «verdades». Muchas de ellas, la mayoría de gente no las confesarían por vergüenza ni a sus mejores amigos. También en Woody Allen, cuando se usa a sí mismo como personaje en las películas, como, por ejemplo, *Annie Hall*. Me interesa este tipo de personaje neurótico que habla de sus cosas y que se atreve a interpelar al público a veces.



El show de Monteys, publicado en Orgullo y Satisfacción.

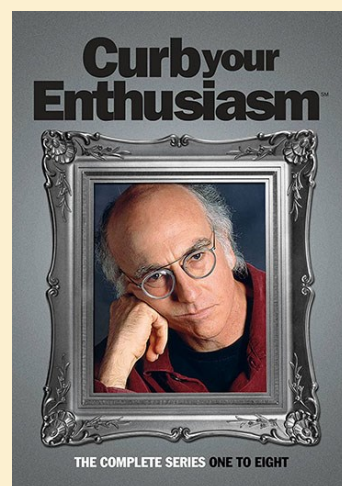
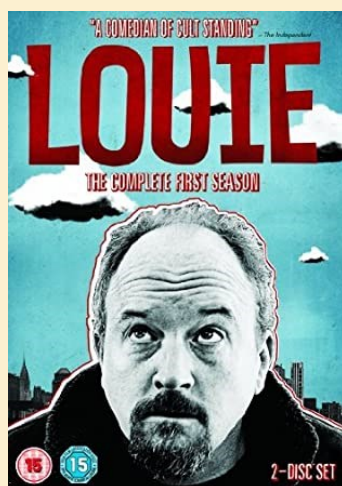
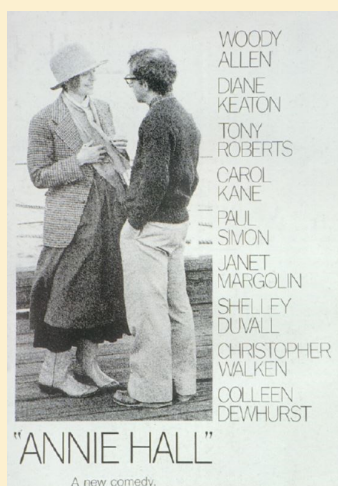
Son influencias que he tenido, pero en el caso de *El show de Monteys*, que es el libro donde salgo mucho, el referente es Louis C.K. Cuando lo vi en su serie *Louie*, me dio ganas de hacer el cómic. Otro referente es Larry David con la serie *Curb Your Enthusiasm*. Ambas series tienen en común que son de un humorista que explica su día a día en primera persona y hace ficción de su carácter real. Las dos me resultaron fundamentales para poder encontrar el tono con *El show de Monteys*.

¿Hasta qué punto el personaje de *El show de Monteys* se acerca a la realidad? ¿O se trata básicamente de ficción?

En ambas series y también en mis historietas, la anécdota que las desencadena es real. Más o menos, la personalidad de los protagonistas sale reflejada, pero lo tienes que convertir en una historia que sea interesante y divertida. Lo que se explica, si fuera real, sería insoportable. Es una exageración de una realidad.

¿Me puedes comentar las diferencias que hay entre lo que haces tú cuando hablas de ti mismo en las historietas y lo que narran ahora muchas autoras en el llamado cómic autorreferencial femenino?

Creo que esta hornada de humoristas que se dedican a explicar una serie de vivencias de las mujeres, lo que están haciendo es llenar un vacío que ha existido durante muchos años en el mundo del cómic. En general, historietas de hombres las ha habido siempre; en el caso de las mujeres, ha habido muy pocas. Nosotros llevamos unos siglos de carrerilla, y en el mundo femenino, eso se ha tenido que llenar en los últimos quince años. Han existido unas ganas de ver unas historietas que quizás no eran tan personales, sino que eran más para explicar todo el universo femenino. En mi caso, yo entiendo que cuando hago historietas no estoy explicando el mundo masculino, porque no soy un representante prototípico, sino que estoy hablando de mí. Eso que hago de explicarme a través de los cómics, no soy el único que lo hace. Muchos dibujantes masculinos y femeninos, como el triplete canadiense Chester Brown, Joe Matt y Seth, cuentan su vida desde un punto de vista realista. Yo tiro más hacia la comedia, que es lo mío. Si bien parto de una anécdota cierta, la manera como se desarrolla y el final son inventados.





El Jueves, número 1283, 20/12/2001

¿Qué te aporta como creador hacer este tipo de historietas?

Lo más chulo es que te das cuenta de que de lo particular a lo universal hay un paso. Cuentas una serie de historias que te han pasado a ti y que piensas que son muy especiales, cuando, de hecho, lo que pasa es que sirven para que el lector, cuando las lea, se sienta superidentificado. Al final, todos pensamos que somos muy especiales, pero no lo somos tanto. Más o menos, todo el mundo tiene los mismos miedos y las mismas manías y los mismos problemas.

Has disfrutado de un «matrimonio de hecho» con Manel Fontdevila como pareja creativa. Habéis compartido incluso series como *¡Para ti, que eres joven!* (1997) en *El Jueves*. ¿Cómo os habéis influenciado mutuamente?

Por mi formación como autor, compartir con Manel ha sido fundamental. Hay muchas cosas que he cogido directamente de él. Cuando empezamos, él ya llevaba muchos años haciendo humor. Comenzó con diecisiete años haciendo el chiste diario en *Regió 7* de Manresa. Yo estaba empezando y él era una máquina de hacer humor.

Nuestra unión fue casual. Yo entré en *El Jueves* con poco tiempo de diferencia con él. Representábamos la nueva generación que entraba en la revista. Eran los años noventa y nos invitaron a entrar en la redacción para renovar la cabecera. Aunque nosotros nos conocíamos y teníamos pensamientos afines, no nos habíamos planteado nunca trabajar conjuntamente. Nos unieron desde la dirección y nos lo encomendaron en la primera reunión de consejo a la que fuimos. JL Martín nos dijo: «Sois jóvenes y tenéis que hacer algo para jóvenes». Era un momento en que se estaba planteando cómo debía ser la continuidad de la revista.

Esta asociación, que fue una idea externa, se convirtió en un equipo que funcionaba de una forma muy natural. No nos costaba nada hacerlo, porque teníamos ideas muy parecidas, y pienso que *¡Para ti, que eres joven!* se convirtió en un icono de esta etapa de *El Jueves*. Nosotros, como pareja creativa, funcionábamos como un matrimonio bien avenido.

Muchas de las cosas que hacíamos ni siquiera las hablábamos: hacíamos un listado de cuarenta temas, nos los repartíamos y yo muchas veces leía lo que hacía Manel cuando veía la revista publicada. También porque siempre entregábamos tardísimo; pero, gracias a nuestra afinidad a la hora de tocar los temas, todo salía muy rodado. Nunca repetimos un chiste .



¡Para ti, que eres joven! El Jueves, número 1930, 19/05/2014

Manel ha sido una de mis influencias principales, porque me entusiasma lo que hace y también por haber trabajado durante tanto tiempo a su lado. El hecho de que yo anduviera muy perdido cuando entré en la revista y él ya supiera por dónde iba hizo que me fijara en su manera de hacer humor.

Un autor recibe influencias durante toda la vida creativa. Influencias que pueden ser muy diversas, desde las de los momentos iniciáticos de la formación hasta las que puede tener cuando ya es una persona profesionalmente madura. ¿De qué referentes podríamos hablar en tu caso?

Siempre diferencio mucho entre las influencias que recibes cuando te estás formando y las que incorporas al ADN de una manera superbestia. Incluso a veces estas influencias te resultan molestas, porque el tiempo pasa y ves que ya no te interesan tanto, y quisieras cambiar, pero las tienes muy interiorizadas. Mi generación de humoristas ha estado muy marcada por haberse criado en la época en que Bruguera era omnipresente y Ibáñez era el primero que se leía.

En mi caso, la influencia fue Jan, un autor al que vuelvo constantemente y del que descubro cosas nuevas. Por ejemplo, cuando era pequeño no me daba cuenta de que la ciudad que dibujaba era Barcelona. Ahora miras sus páginas y te das cuenta de que en su trabajo hay un orgullo de autor. No solo era entregar las páginas, era esforzarse por hacer buenas historietas, y, si tenía que trabajarse los fondos de las viñetas, lo hacía. Para mí, Jan, tanto por su tipo de humor como por los referentes que utiliza, es muy importante.

El manga lo descubro con veinte años, que es cuando estalla el fenómeno Dragon Ball. Me interesa y me gusta, pero ya no forma parte de mi ADN. La influencia pasa a ser más consciente. Si chupas algo de allí no es de forma natural, sino buscada. En cambio, hay una generación de dibujantes que ahora están en la treintena y el manga forma parte de ellos mismos, y eso se nota mucho en su trazo.

A partir de los veinte años, las influencias, aunque te gusten mucho, ya no se agarran a tu estilo; las puedes racionalizar y utilizar, pero no son tan fundamentales. Por otro lado, cuando eres joven, una película, un libro o la música te explotan en la cabeza y te pueden llegar a conmocionar. Cuando eres mayor, ese «enamoramiento» baja en intensidad, todo te lo tomas de otra manera. Ya has visto muchas más historias.

¿Qué piensas de los autores que se encierran en su estudio y pretenden no influenciarse con lo que hacen otros creadores?

Es muy importante seguir consumiendo productos culturales. A veces descubres autores que han perdido la curiosidad para saber lo que se está haciendo, y pienso que eso se nota en la calidad de su trabajo. Se estancan y no avanzan. En cambio, hay casos como el de Max, que siempre está al tanto de lo que se está haciendo y siempre descubre cosas nuevas, y eso se nota mucho en su obra.

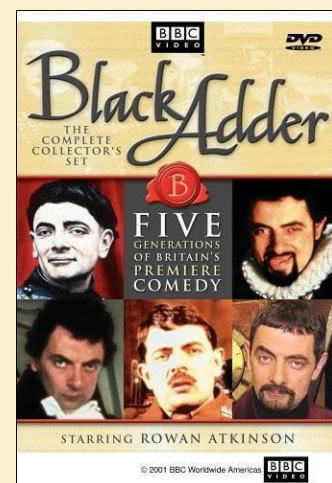
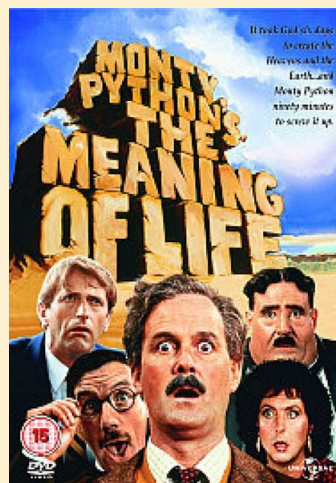
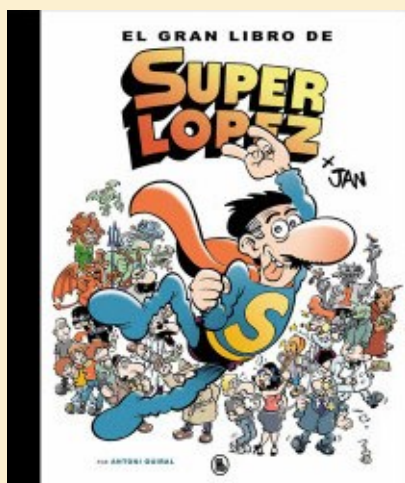
Cuando tenía dieciséis años pensaba que a los cuarenta estaría obsoleto, pensaba que tenía que aprovechar el tiempo. Como si con esa edad ya hicieras cosas que no interesaran a nadie. Lo que no sabía entonces es que a los cuarenta y pico me tendría que reinventar. En 2014 salí de *El Jueves* y ahora estoy más entusiasmado que nunca haciendo cómics. Con la edad, los pensamientos juveniles los pones en su sitio.

Últimamente has comentado que el humor de actualidad ya no te interesa tanto. ¿Puede ser que vuelvas puntualmente, ya que los conocimientos y el talento para hacerlo los tienes?

El humor de actualidad es un tema que me forcé a que me interesara cuando estaba en *El Jueves* y luego en *Orgullo y Satisfacción*. Ahora sé que, si mi vida no va en ello, no lo volveré a hacer, más que nada porque no lo disfruto.

¿Te gusta el humor del absurdo?

Está muy bien tocar temas comprometidos y dar una lección al final, si conviene, pero yo también reivindico el reír por reír. Me gusta la gamberrada por la gamberrada.





En este tipo de humor, ¿qué influencias crees que has tenido?

Uno de los referentes absolutos son los Monty Python. Hacían un humor que no estaba ligado a la cotidianidad, al costumbrismo, sino que iban disparando en todas direcciones y de manera supercreativa. Pienso que comenzaron un camino que acaba en sí mismos. Todo lo que ha venido después ha sido post Monty Python, pero no ha existido nadie que renovara el humor de manera tan bestia. Los descubrí con quince años y hasta ahora no me he cansado. Me siguen entusiasmando.

¿En *El Jueves* había un espacio para las páginas con humor absurdo o surrealista?

Cuando entré en la revista, existía la teoría de que el humor surrealista no gustaba tanto a los lectores. A Gin y a JL Martín les gustaba lo que hacían grandes dibujantes, como Miguelanxo Prado o el Tha, pero creían que los lectores buscaban un humor ligado a la realidad. Pensaban que al lector medio le costaba entender ese humor «raro».

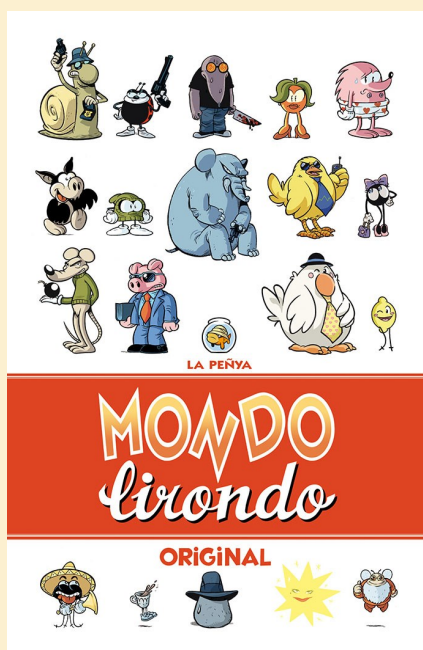
En *El Jueves* se partía de la base de que se debían hacer chistes bien explicados y que se entendieran bien. De hecho, en la revista cada dos años se hacían encuestas y de allí salían sus conclusiones. Yo soy de talante dócil; hasta después de dos años de estar, no empecé a hacer humor surrealista. Era lo que me gustaba más y poco a poco lo fui haciendo.

¿Nos puedes comentar tus referentes en otra vertiente del humor, el costumbrismo?

La manera de enfocar el costumbrismo en *El Jueves* fue fijándome en el trabajo de Manel, que ya estaba haciendo *La parejita*. Fue un innovador en la revista por la manera de tocar estos temas.

¿Y fuera de *El Jueves*?

En su momento también me interesó mucho Kevin Smith, porque fue el primero en hacer humor sobre gente con tendencias frikis.



Hacía chistes sobre personal que trabajaba en tiendas de cómics e introducía muchas referencias al mundo de *Star Wars*. Toda esta cultura pop con el tiempo se ha convertido en un tópico, y ahora puedes encontrar miles de chistes en internet sobre *Star Wars*. La verdad es que ahora me interesa menos.

¿Podemos hablar del costumbrismo en el mundo de la televisión?

Para mí un par de series muy importantes fueron *Els joves* (*The Young Ones*) y *L'escurçó negre* (*Blackadder*). Me sabía los diálogos de memoria. El tipo de diálogo que uso en las historietas ha bebido de allí. De hecho, es un humor muy emparentado con el de Monty Python.

¿Y en el cine?

Aunque no fuera directamente humor, me fijaba mucho en las películas de Stephen Frears en los ochenta y principios de los noventa. Salía un tipo de gente muy guarra, muy *working class*. Era un costumbrismo muy poco poético.

¿El estilo costumbrista de la comedia cinematográfica que se hace en Madrid en los últimos tiempos te interesa?

A mí la comedia española del tipo Resines de los ochenta y noventa siempre me pareció que no tocaba un mundo real, sino una especie de ambiente posmoderno especial. Era un mundo que yo no conocía. Las películas de Almodóvar no me desagradan, pero para mí siempre ha sido un mundo muy lejano. El contexto de aquellas películas no tenía nada que ver con la realidad cotidiana que vivía. Puedo conectar más con una película de los años cincuenta de Berlanga, porque siento que está más ligada a una cierta realidad.

¿Tal vez la diferencia está en si en la historia que explican consiguen que los personajes se conviertan en entrañables y los puedas sentir como próximos o no?

Sí, tienes razón. El hecho es que salía gente con mucha pasta, todos eran directores de cine, actrices, gente pija. No salía gente trabajadora, era una especie de mundo paralelo a la realidad. En cambio, con Berlanga salía gente que vivía en un piso pequeño y a la que le costaba llegar a fin de mes.

Se suele decir que los escritores se forman leyendo, leyendo y leyendo. ¿Cómo se forma un historietista?

Hay que leer bastante, se debe dibujar bastante y también se tiene que escribir. En mi caso, el trabajo de autor de cómic tiene más que ver con la escritura que con el dibujo. Donde noto que debo esforzarme más es cuando escribo.

Después, el dibujo es para mí una parte más relajada, aunque también me resulta interesante.

No sé quién decía que cada dibujante tiene en su interior 500 páginas malas y que te las tienes que sacar cuanto antes. Pienso que lo más básico debe ser producir y producir. Dependiendo de la intuición y del talento, te costará más o menos páginas llegar.

¿Cuándo empezaste a hacer cómic?

Empecé en la facultad con la peña del *Mundo Lirondo*. Hacíamos lo que nos daba la gana, sin ningún tipo de disciplina, al ritmo que queríamos. Esto nos permitía divertirnos mucho, pero también nos hacía de escuela.

Una de las influencias importantes que teníamos eran las películas de animación de los años treinta, los cortos de los Fleischer y los primeros Disney. Las historias tenían un punto de pesadilla, un poso inquietante.

En muchas historias infantiles tradicionales se pueden encontrar rastros de sadismo...

Sí, eran cortos que pueden provocar pesadillas en los niños. Historias como la de un personaje que se daba un golpe en la cabeza y soñaba que los árboles lo atacaban. Pienso que con el tiempo se ha perdido ese punto de sadismo, los cuentos son más agradables.

¿Otras influencias de cómic en tus inicios?

Una de fundamental: Akira Toriyama, con su *Dr. Slump* y *Dragon Ball*, que fue el primer autor de manga que leí. Para mí entroncaba con el humor surrealista que me gustaba.

¿Cómo pasas a profesionalizarte?

En la facultad empezamos a aprender a organizar un guion. Dibujábamos muy mal y poco a poco llegamos a hacerlo de una manera competente. En *El Jueves* entré con veinticuatro años. Por casualidad, el día en que llegué yo, había un dibujante que no había entregado, y me dijeron: «Si mañana nos entregas una página, estás dentro». Me fui a casa y lo dibujé como pude.



El Jueves: Montey, Maikel, 29/3/2000; JL Martín, Montey, 2/6/2010; Montey, 9/10/2013.

Los primeros años lo pasé fatal. Me costó dar el paso de dibujar como quería en los fanzines a tener que hacer cada semana dos o tres páginas. Son dibujos que ahora no puedo ver ni en pintura. A partir de los dos años de estar cada semana entregando historietas, acabas asumiendo una gimnasia mental que te ayuda a hacer el trabajo. Si al principio necesitaba tres o cuatro horas para encontrar un chiste decente, a los cuatro años ya me sentaba y con media hora salía adelante. No era tanto a base de leer, sino de hacer. Vas haciendo trabajo que puede ser discutible, pero que poco a poco sientes que va cuajando. Aprendes a emplear los recursos y las herramientas para hacer que lo que explicas funcione. Acabas mejorando el control para que la distancia entre lo que tenías en la cabeza y lo que está en el papel sea menor. El lector puede que no lo vea, pero, para un creador, que la obra se aleje mucho de lo que querías hacer puede ser doloroso.

¿Eres de los autores que durante su vida cotidiana no deja de dar vueltas a sus creaciones, esté donde esté?

Si no me siento a pensar, yo no pienso. Me da envidia la gente que va con una libreta, se le ocurren cosas y las apunta. A veces he cogido libretas cuando he hecho viajes, pero no he hecho nada.

Has comentado en alguna entrevista que a los ocho años ya tenías claro que querías ser autor de cómics. ¿Qué te atraía más, hacer muñecos o la posibilidad de crear historias?

Seguramente las dos cosas, pero siempre he considerado que mi trabajo es contar historias. Yo no me considero un gran dibujante, sino un buen dibujante funcional. Lo que me gusta más es el lenguaje del cómic y no tanto el dibujo en sí. Para mí cada viñeta es un sujeto y un verbo, y al lado de otras va haciendo una especie de ortografía de la imagen. No necesito tanto el estilismo del dibujo o que sea muy bonito como que sea legible e interesante de ver. En este punto, mi esfuerzo se dirige a organizar toda la información. Como narrador quiero coger de la mano al lector y acompañarlo viñeta a viñeta por una buena historia. Mi ideal de trabajo es hacerlo todo yo, escribir y dibujar.

Estuviste muchos años en nómina en *El Jueves*. De repente, te encuentras en el 2014 que no hay nadie que te asegure unos ingresos. ¿Qué te supone el cambio?

De *El Jueves* nos fuimos de un día para otro, sin un plan B y, en mi caso, sin ahorros. Fue la primera vez en la vida que no dormí bien. Cuando me fui, llevaba dieciocho años haciendo cada semana básicamente lo mismo. Aunque me formara allí y me gustara mucho el trabajo que hacía, la etapa posterior ha sido muy emocionante y la he podido disfrutar mucho. Realmente ya era el momento de irse, ya estaba en un punto en que no me divertía lo que dibujaba, y pienso que el lector podía acabar notándolo.

Cuando tuviste que montarte tu propio estudio o lugar donde trabajar, ¿sufriste el síndrome del actor que está siempre esperando que lo llamen para hacer un trabajo?



El ecosistema ibérico, *Orgullo y Satisfacción*, número 1, 2014.

No, no tuve ese sentimiento, aunque sí tenía el sufrimiento de no saber de dónde saldrá la pasta. Enseguida montamos *Orgullo y Satisfacción* con Manel, Manolo, Guillermo y Bernardo. Fue mucho trabajo.

Os ponéis a dibujar con el reto de llenar una revista con cien páginas.

Sí. De hecho, si hubieran sido en papel, habrían sido cincuenta. La densidad en digital es menor. Pero al mismo tiempo me pongo a dibujar ¡*Universo!*!, que supone volver a reinventarse. Y poco después se van sucediendo las propuestas de nuevos trabajos. Sin embargo, cada vez que terminas un proyecto, te vuelves a preguntar: «¿Podré seguir viviendo de dibujar?». Para mí el milagro es vivir de hacer cómics durante casi treinta años. Hay mucha gente que ha tenido mucho talento y no ha tenido suerte ni tampoco ha podido encontrar su camino profesional y vivir de lo que dibuja.

En ese momento de cambio, amplias tus registros y dispones de tiempo para tocar otros géneros aparte del humor.

Sí, *El Jueves* era muy exigente en cuestión de horas de dedicación. Fue entonces cuando pude recuperar proyectos e ideas que guardaba en el cajón por falta de tiempo. La suerte es que trabajos como ¡*Universo!*! han ido bien, se han publicado aquí y a fuera y se han vendido bien. He tenido la oportunidad de hacer el proyecto de revista *Orgullo y Satisfacción*. He hecho ilustraciones para juegos de mesa y para libros infantiles.

¿También te han venido encargos profesionales de Estados Unidos?

Sí, he hecho una novela la gráfica para ese mercado, ahora estoy trabajando con la segunda. Es una adaptación de *Matadero Cinco* (*Slaughterhouse-Five*), de Kurt Vonnegut. Un escritor de ciencia ficción que me gusta mucho.

Todos estos retos son nuevos para mí, el reto de *El Jueves* ya lo había superado.

¿El hecho de centrarte solo en el humor te cerraba el acceso a un mercado internacional?

Hay países que tienen capacidad para exportar el humor, lo que no ocurre en el nuestro. El humor de Estados Unidos lo entendemos todos, porque estamos todos supercolonizados culturalmente. Yo era consciente de que el humor que hacía en *El Jueves* no era exportable. En algunas viñetas esto sucedía porque al cabo de unas semanas ya no se captaba el sentido del contexto en que se habían hecho y no se entendían, y en otras porque eran muy particulares de aquí.

Ahora es la primera vez que puedo trabajar para fuera y tengo la oportunidad de que entiendan y valoren lo que hago. Esto ha coincidido con que he hecho obras que no son tan humorísticas.

También has visto tu obra más reconocida que nunca.

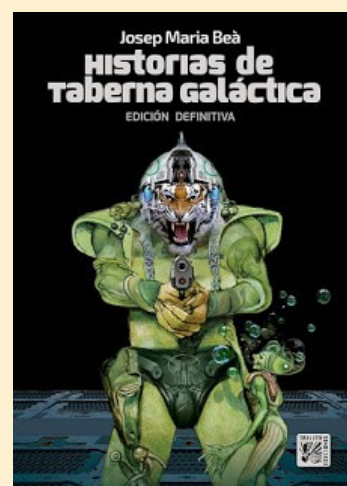
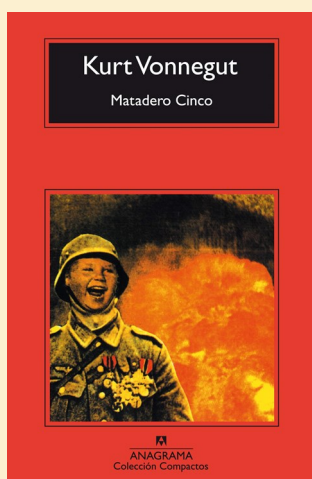
Sí, he obtenido muchos reconocimientos últimamente. ¡*Universo!* se ha llevado siete u ocho premios, y estoy muy agradecido, pero me demuestra que hay un cierto estigma en el campo del humor.

¿Se desprecia el humor como género a la hora de valorarlo cualitativamente?

Yo creo que es algo que a todos gusta, es universal y agradecido; pero, por otro lado, la «academia» o la parte más seria demuestra un cierto malestar, porque no acaban de saber por dónde agarrarlo. El humor no se toma las cosas en serio, se sigue viendo la risa como una actitud muy banal. Quizás, si tienen que leer un libro sobre la Guerra Civil, preferirán leer una comedia, pero si les preguntan, dirán que prefieren un libro espeso y sesudo sobre el tema. A veces hay una cierta vergüenza en decir que también se pueden leer libros de humor.

Hay pocos humoristas que hayan entrado en el altar de creadores importantes de opinión y hayan sido reconocidos como tales. Quizás Cesc, Perich, El Rofo...

Sí. Por ejemplo, Jaume Perich es un autor reivindicado y nadie se avergüenza de seguir su obra. Pero si vas con el *Superlópez* de Jan no pasa lo mismo. Cuesta que se le reconozca su talento.



¿Qué recuerdos destacarías de tu etapa de estudiante de Bellas Artes?

Fue una época muy mala. Cuando entré, yo ya sabía que quería hacer cómics. Allí te miraban como si tuvieras dos años, te decían que no entendías de qué iba el arte, que lo que tenía que hacer eran performances. Salí de la carrera con un rechazo a buena parte del arte contemporáneo.

Ahora trabajas dentro del ámbito de la ciencia ficción. ¿Llevas bien el hecho de estar acotado dentro de los límites de un género?

Me gusta mucho la ciencia ficción, aunque alguien pueda pensar que es un género menor y sea denostado por muchos. Los autores trabajan dentro de unos parámetros determinados, pero, a la vez, de una manera inconsciente o intencionada, consiguen hablar de más cosas. Una de mis grandes influencias es Philip K. Dick. Comenzó a publicar unos relatos en las revistas de los años cincuenta muy de género, pero si le vas sacando las capas llegas a encontrar una profunda mirada a la realidad. Una visión muy sugerente de lo que son los humanos, pero servida como si fuera una obra del todo superficial.

En los años sesenta, la crítica decía de esta literatura que era para gente que no sabía leer. Ahora, en cambio, Ray Bradbury o Philip K. Dick son autores muy reivindicados. Estos cambios de consideración me hacen pensar que la discriminación entre autores de baja y alta cultura queda un poco ridícula al cabo de los años.

Por lo que comentas, ¿parece que te sientes más cómodo moviéndote en lo que algunos consideran baja cultura?

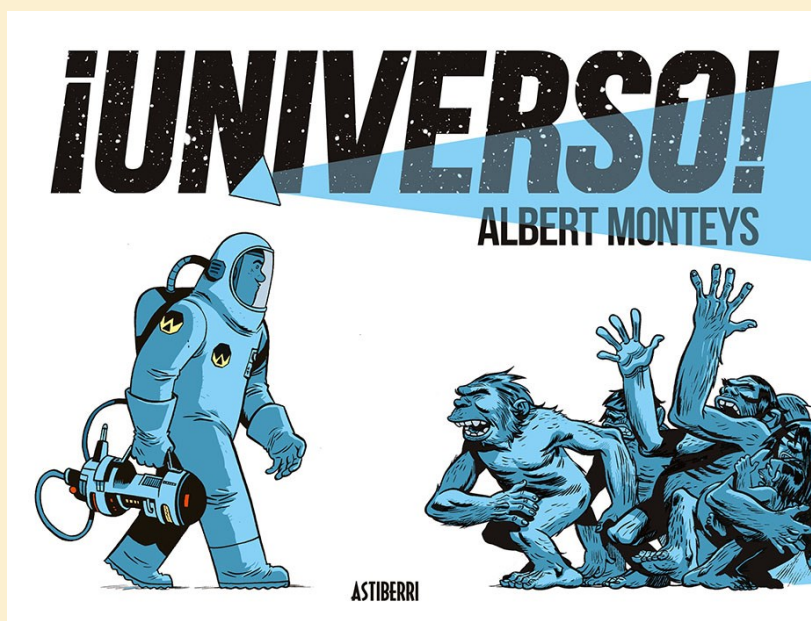
A mí me gustan más los autores que trabajan por debajo de la línea de eso que llaman alta cultura. No me interesan tanto los creadores que se creen que lo que están haciendo es superimportante. Me pasa un poco con los dibujos de El Roto. Lo que hace está muy bien y puede ser interesante, pero es un autor que trabaja desde la conciencia de que lo que está haciendo es muy profundo y se piensa que hace una especie de servicio público. A mí este tipo de intención previa me resulta antipática, supongo que es una herencia de haber hecho Bellas Artes. Me gusta más la gente que trabaja desde la humildad y desde el oficio. Acaban haciendo obras más interesantes y los siento más cercanos.

¿Los humoristas deben plantear posibles soluciones a los problemas que tratáis en las viñetas?

Los humoristas sabemos tan poco como el resto de la gente cómo se soluciona un problema. Como mucho, puedes hacer que el lector no se sienta tan solo. Si hay una persona muy enfadada con una realidad y un humorista lo expresa en una viñeta, acaba diciendo: «Es esto lo que yo quería decir». El autor tiene las herramientas para explicarlo de una manera interesante y divertida.

¿Crees que en la prensa de Madrid se hace un humor diferente de lo que se hace en Barcelona?

Diría que en Madrid viven más en primera persona la guerra mediática, y esto fuerza a un posicionamiento muy claro por parte del humorista.



En Barcelona he estado pendiente del humor sobre el *procés*, para ver cómo era, y la verdad es que ha habido poco. Las posturas se iban colocando muy a un lado u otro. Los humoristas, aunque tengan una postura, deben tratar de buscar las vergüenzas a todas las corrientes. Esto en situaciones tensas es muy difícil.

Ahora, si haces un chiste en las redes que polarice, te encontrarás con mucha gente que te insulta y otra que dice que eres un genio. En función de si confirmas su tesis, conseguirás una cosa u otra, porque la gente quiere tener la razón. Luego en el hilo se empiezan a pelear entre ellos, sin tener en cuenta tu chiste.

Con la aparición de las redes, ¿debes tener presentes más parámetros que antes a la hora de hacer humor?

Las redes afectan mucho la manera de hacer humor. O publicas para que te aplaudan o para que te insulten. Los que comienzan ahora y solo lo pueden hacer en las redes lo tienen complicado. Cuando estaba en *El Jueves*, no sabías nada de lo que opinaba la gente de lo que hacías. Como mucho, llegaba una carta a la semana de gente ofendida. La leías y la tirabas. Ahora todo se vive más en directo y te puede influenciar más.

¿Existe censura en las redes?

Yo, que me digan imbécil en las redes por un chiste que he hecho, no lo considero censura. Forma parte de los comentarios sobre mi obra. Censura sería para mí que viniera un juez y se pusiera de por medio o que alguien iniciara un boicot contra mi obra intentando que deje de publicar.

¿En la prensa parece que se buscan colaboradores mucho más afines ideológicamente que antes?

Sí, es verdad. Antes los humoristas cobraban más y tenían más libertad para opinar. Ahora muchos cobran una miseria y deben vigilar lo que opinan en las viñetas.

Alguna vez has comentado que admiras a Josep Maria Beà. ¿Ha sido un referente para ti?

Sí. En ¡Universo! hay un trasfondo de su álbum *Historias de taberna galáctica*, porque Beà era un autor que explicaba muy bien una historia de ciencia ficción y lo sabía combinar con un tipo de humor con un surrealismo muy divertido. Todo ello encajaba muy bien con lo que a mí me gustaba. Además, él había estudiado en la misma escuela que yo. Estudió veinte años antes que yo en una escuela de Hostafrancs, pero todavía en la escuela había dibujos suyos.

Beà fue el primer dibujante que conocí, y fui consciente de que había salido del mismo lugar que yo. Me vi reflejado en él. Si él había llegado a ser un profesional del dibujo, tal vez yo podía hacer lo mismo. Para mí es un referente vital y artístico.

Ha habido un cambio muy importante entre tu generación, que todavía tiene muchas influencias del papel, y las que vienen detrás, que básicamente las toman de internet.

Sí, también es un cambio en la manera en que se exponen en su día a día. El tema autobiográfico que toco desde hace años, ahora hay miles de milenials que lo hacen a través de sus ilustraciones en Instagram. Las redes son un sistema perfecto para el humor gráfico, porque es un impacto puntual que cuelgas al momento. Lo mejor es que ya no trabajas para aquí, sino que lo haces para todo el mundo. La lástima es la tiranía de los *likes*; aunque no quieras, si tiene mucho éxito, tiendes a reproducir lo que has hecho porque ha gustado. Aunque no te dé dinero ni más ventas, hay como una satisfacción que hace que quieras repetir aquello que te da premio.



!Universo!

Y si haces un chiste que nadie comenta y te da solo dos «me gusta», vas abandonando aquella línea. Esto quizás podría producir una estandarización del humor; lo que sí ha hecho es constituirse en una influencia. Al presentar una obra tienes una estadística perfecta de si ha gustado o no y muchos comentarios que hablan de ella. Si como autor tienes poca personalidad, te puede conducir a hacer las cosas de una determinada manera, y esto puede tener su peligro.

Algunos humoristas han conseguido que las editoriales los hayan ido a buscar para publicar, porque tenían muchos miles de seguidores en las edes.

Sí, y a la inversa también ocurre. Esto está conduciendo a que las editoriales no publiquen a algunos autores si no tienen suficientes seguidores en redes. Viene a ser como el «libro del famoso», que siempre se ha editado y se ha presentado por Sant Jordi: libros de futbolistas, libros de presentadores de televisión... Las editoriales piensan que se ahorran el trabajo de promoción. Pero, al final, las ventas no se corresponden de ninguna manera con las expectativas que puede crear el número de seguidores.

En esta época se pide que, además de ser un buen autor, seas un buen promotor de tu propia obra. ¿Es así?

Sí, es agotador, porque al trabajo de dibujante se suma el de tener que ser el propio agente de prensa. De todos modos, pienso que, si tienes una obra bastante sólida, acabará saliendo y viéndose.

¿Qué autores te gustan actualmente en el campo del humor?

Me gusta mucho lo que hace Flavita Banana. Se nota que ha bebido de la tradición, que es inquieta y ha sabido cabalgar sobre la ola de las redes.



Solid State, Gigamesh, 2019.

Ha sabido conseguir muchos seguidores, pero además sus libros presentan una obra muy sólida. Tiene un público muy entregado. La relación que estableces en las redes es muy próxima. La gente te tiene casi como un amigo, y eso implica lo que puede ser una relación muy rara. Cualquier lector te puede contactar y preguntar lo que quiera en cualquier momento. Está muy bien, pero la relación es muy diferente de la que había con los lectores de libro. La gente viene a las firmas con la conversación en marcha desde casa, es muy particular.

¿Algún otro autor de humor que te impacte?

Soy seguidor también de lo que hace Miguel Noguera, me interesan los libros y el tipo de ideas gráficas que publica. Es un autor de una generación que no es natural de internet, pero que lo ha sabido incorporar muy bien a la vida profesional.

¿No te has planteado nunca que tu talento y tu habilidad para hacer guiones de historietas se podría traspasar a hacer series de televisión de animación o de personajes reales, películas de cine o argumentos para videojuegos?

Los cómics para mí tienen una gran cualidad: tienes un control absoluto sobre lo que haces. Es un medio económico. Con el dibujo resuelves los aspectos creativos, el diseño de producción, la planificación, la fotografía, los efectos sonoros... Las disciplinas que dices son todas colaborativas, y yo no soy un buen colaborador.

En este momento, en la sociedad del entretenimiento hay una gran demanda de talento y de ideas nuevas y se paga muy bien...

Sí, hay un montón de plataformas digitales que piden historias, y el mundo del cómic está lleno de relatos que están listos para ser adaptados. Se necesitan miles de horas de audiovisual, y las empresas tienen mucho dinero. Pienso que es un poco una burbuja, y dentro de un tiempo se darán cuenta.





Viñeta de *Slaughterhouse-Five* (Kurt Vonnegut).

En este aspecto, mi planteamiento siempre ha sido: si desea comprar los derechos de lo que hago, será fantástico, pero yo no colaboraré en el producto derivado que se haga. Yo no quiero dejar de dibujar cómics, que es mi paraíso de cada día, para entrar en una disciplina y perder un año trabajando en un proyecto de este tipo. El cómic es un medio económico; si hiciera una serie de animación con un presupuesto brutal, tendría toda la presión del mundo para hacer las cosas de una determinada manera. No tengo ningún deseo ni ninguna necesidad de entrar en este mundo.

En Estados Unidos, que queramos o no es el país que marca las tendencias culturales en el mundo, ya hace tiempo que está triunfando lo «políticamente correcto». Un movimiento interesante, pero

con facetas que lo acercan al puritanismo y que pueden llegar a ir en contra de la libertad de expresión. ¿Qué piensas, como creador, de este tema?

Hay una nueva generación que busca que todo lo que se hace y se dice sea políticamente correcto, que todos los colectivos se sientan cómodos. En Estados Unidos hay una presión brutal a la hora de crear, es muy difícil poder hacer según qué. Algunas de estas barreras las entiendo mejor, otras no tanto, quizá también por una cuestión generacional. Me preocupa que se opine sobre lo que pueden leer los otros.

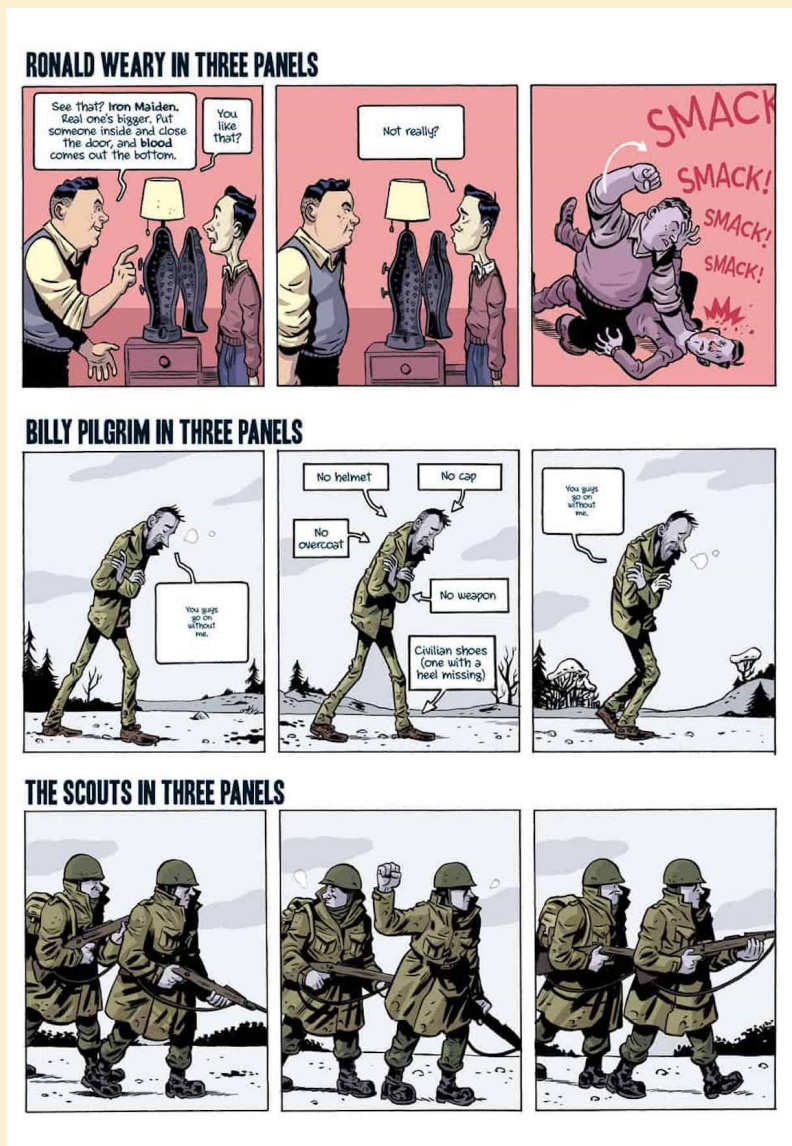
¿En qué proyectos estás trabajando ahora?

Ahora he terminado unos cómics infantiles en colaboración con El Hematocrítico, que publicará Anaya el mes de abril. También estoy con la adaptación de *Matadero Cinco* de Kurt Vonnegut. Me interesa la sátira humanística que hace dentro de un argumento muy loco de ciencia ficción.

Cuando acabe este proyecto, retorno a *¡Universo!*: quiero hacer los números del 7 al 10. Lo empezaré a finales de este año y lo trabajaré también en 2021. El año que viene quiero publicar el segundo tomo, y luego vendrá la emoción de no saber lo que vas a hacer.

¿Qué mundo tendremos cuando pase el confinamiento por el coronavirus?

¡Ojalá lo supiera! Hoy hablaba con otro autor de cómics sobre cómo puede afectar a nuestro mundo. Decíamos que el libro, al ser una experiencia cultural individual, no sufriría tantísimo como, por ejemplo, el teatro o el cine. Yo creo que seguiremos dibujando y contando historias. ¿Tal vez la ficción tendrá otra función en este nuevo mundo que se nos viene encima? Ya lo veremos.



Viñetas de *Slaughterhouse-Five* (Kurt Vonnegut).

12 de mayo de 2020

<http://humoristan.org>

Albert Monteys

Jordi Riera Pujal

La entrevista ha sido traducida del catalán.



humoristan

<http://humoristan.org/>